

XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.

Avatares de las ‘glorias del país’: problemáticas del Museo Histórico Nacional durante sus años fundacionales (1889-1897).

Carman, Carolina.

Cita:

Carman, Carolina (2009). *Avatares de las ‘glorias del país’: problemáticas del Museo Histórico Nacional durante sus años fundacionales (1889-1897)*. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-008/1058>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**AVATARES DE LAS ‘GLORIAS DEL PAÍS’: PROBLEMÁTICAS ECONÓMICAS Y EDILICIAS
DEL MUSEO HISTÓRICO NACIONAL DURANTE SUS AÑOS FUNDACIONALES
(1889-1897).**

Carolina Mercedes Carman

a) Introducción

El objetivo del presente trabajo es analizar algunas problemáticas económicas y edilicias atravesadas por el Museo Histórico Nacional desde su fundación en el año 1890 hasta su instalación en la sede del Parque Lezama, que tuvo lugar en 1897. La institución fue creada como Museo Histórico de la Capital a partir de un decreto del intendente de la ciudad de Buenos Aires, Francisco Seeber, que no hizo más que cristalizar las iniciativas de un conjunto de hombres públicos pertenecientes a la elite patricia e intelectual, entre ellos Adolfo Pedro Carranza, primer director de la institución. Posteriormente, en septiembre de 1891, el Museo fue nacionalizado pasando desde entonces a depender del Ministerio del Interior de la Nación.

La creación del Museo Histórico fue expresión de las preocupaciones de las elites dirigentes de la Argentina finisecular por la cuestión nacional, que llevaron al desarrollo de diversas propuestas destinadas a la construcción de una nacionalidad argentina, desde diferentes ámbitos del Estado y la sociedad civil¹. Pero aunque la problemática de la nacionalidad adquirió una particular intensidad a fines del siglo XIX lo cierto es que el Museo Histórico parece haber ocupado un espacio relativamente marginal para los poderes públicos. El análisis de sus problemas económicos y edilicios, de las estrategias activadas por Carranza ante el aparato del Estado para conseguir recursos y apoyo político y de los cambios y continuidades experimentados por la institución a partir de su pasaje de la Municipalidad de Buenos al Estado nacional, echan luz acerca de la complejidad que revistió durante sus años fundacionales.

b) El Museo Histórico: un lugar de memoria

En mayo de 1889 Francisco Seeber nombró una comisión encargada de crear “un museo nacional” que se ocuparía de concentrar y guardar los objetos vinculados a la

¹ Véase Lilia Ana Bertoni en *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Revolución de Mayo y las guerras de la Independencia². La mencionada comisión estuvo integrada por Bartolomé Mitre, Julio Argentino Roca, Andrés Lamas, Ramón Cárcano, Estanislao S. Zavallos, Manuel F. Mantilla y José Ignacio Garmendia³. Una serie de conflictos producidos en su seno durante el transcurso de 1889 llevaron a la renuncia de Lamas, uno de los principales impulsores del proyecto, el 2 de enero de 1890⁴. Al día siguiente de este episodio Adolfo Carranza fue nombrado director de la institución por medio de un nuevo decreto del intendente municipal⁵.

El 30 de agosto de ese año, en plena crisis política, el Museo abrió sus puertas al público en una casa alquilada por la Municipalidad en la calle Esmeralda 848. Incluso Carranza –evidentemente interesado en poner en marcha la nueva institución, a pesar del conflictivo clima que se vivía en el país–, realizó el 12 de septiembre una fiesta de inauguración para la que cursó nada menos que 600 invitaciones⁶. Resulta elocuente que en la fiesta inaugural del establecimiento no estuviera presente ninguno de los miembros de la comisión fundacional⁷. La ausencia de los comisionados puede ser atribuida, no solamente a las tensiones producidas en el curso del año anterior, sino también a la conflictividad política de esos días, ya que la mayor parte de ellos estuvo involucrada –de una u otra parte–, en los acontecimientos de la Revolución del Parque. El propio Carranza se refirió en diversas oportunidades al escaso compromiso asumido por los comisionados en el proyecto de creación del Museo Histórico, atribuyendo su indiferencia a los hechos políticos que por entonces sacudían al gobierno nacional⁸. Lo cierto es que en lo sucesivo la comisión no funcionó como tal, quedando fundamentalmente en manos de Carranza la organización del Museo.

La idea del Museo como un espacio conmemorativo de los episodios y los hombres vinculados con la Revolución de Mayo y las guerras de la Independencia, considerados como los hitos fundacionales de la nación argentina, permite concebir a la nueva

² “Resoluciones patrióticas”, en *Revista Nacional*, 1/6/1889, Año IV, Tomo VIII, N° 38, Buenos Aires, Imprenta europea, p. 383.

³ *Ibid.*

⁴ Véase María Élica Blasco, “Comerciantes, coleccionistas e historiadores en el proceso de gestación y funcionamiento del Museo Histórico Nacional”, Buenos Aires, 2008, p. 15. (*Entrepasados*, en prensa).

⁵ *Ibid.*

⁶ Adolfo P. Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 25/6/1890, Museo Histórico Nacional, Archivo Carranza (en adelante MHN-AC), *Libro de Notas* (en adelante LN), tomo I, p. 98. Francisco Bollini se desempeñó como intendente de la Ciudad de Buenos Aires entre junio de 1890 y octubre de 1892, en reemplazo de Francisco Seeber, quien renunció a su cargo con motivo del estallido de la Revolución del Parque.

⁷ MHN-AC, Libro de firmas del Museo Histórico, 1890, pp. 2-8.

⁸ Adolfo Carranza, *Memoria* enviada a la Comisión del Censo, Buenos Aires, 1/1/1896, MHN-AC, LN, Tomo II, p. 335.

institución como un *lugar de memoria* de la Argentina finisecular. Entendemos a los *lugares de memoria* tal como lo ha planteado Pierre Nora, es decir como un conjunto de espacios destinados a la exhumación deliberada del pasado, contruidos a partir de sentimientos colectivos de vulnerabilidad y amenaza por parte de determinados grupos sociales en contextos históricos caracterizados por profundas transformaciones sociales⁹. En este sentido los *lugares de memoria*, tales como archivos, museos, cementerios y monumentos, condensan mecanismos de exaltación, de elevación a ideal, de fijación identitaria y de transmisión de valores colectivos en el marco de una sociedad. El Museo Histórico constituye un ejemplo de aquello que Nora caracteriza como memoria-nación, debido a que fue concebido por sus mentores como un espacio destinado a construir una *tradición de memoria* capaz de brindar unidad a la sociedad por medio de la conjunción entre ciertas ideas de la historia, la memoria y la nación¹⁰. En esta dirección entendemos que el discurso y las prácticas concretas desarrolladas por Carranza para poner en funcionamiento el Museo fueron expresiones individuales de un proyecto colectivo, resultado a su vez de ciertos intereses y *habitus* compartidos por las elites criollas de fines del siglo XIX¹¹.

Pero el hecho de que el Museo fuera concebido por sus mentores como un espacio de la memoria nacional, no significa que en tanto institución pública ocupara un lugar importante en las preocupaciones de las elites dirigentes de la Argentina finisecular. Aunque la problemática de la nacionalidad cobrara una particular intensidad en el período estudiado y formara parte de un clima de ideas compartido por las elites, lo cierto es que los proyectos concretos destinados a la construcción de *lugares de memoria*, tales como el Museo Histórico, no fueron una cuestión primordial para el conjunto de la clases dirigentes, y mucho menos para las elites económicas. Los actores sociales que parecen haber estado más directamente imbricados con este tipo de proyectos fueron los pertenecientes a las fracciones culturales e intelectuales de las elites.

⁹ Pierre Nora, "Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux", en *Les lieux de mémoire*, Pierre Nora (dir.), tomo 1, Quarto Gallimard, Manchecourt, Francia, 2004, p. 28.

¹⁰ *Ibid.*, p. 27.

¹¹ Utilizamos las nociones de prácticas y de *habitus* en el sentido propuesto por Pierre Bourdieu. El autor caracteriza a las prácticas sociales como conductas orientadas hacia la maximización de la utilidad en los universos más diversos, mientras que el concepto de *habitus* hace referencia al conjunto de disposiciones a actuar, percibir, valorar, sentir y pensar de una determinada manera, adquiridas por los agentes a través de la experiencia duradera de la posición ocupada en el mundo social, tanto en relación a la clase como a las trayectorias individuales. Se trata entonces de estructuras sociales internalizadas y subjetivas desarrolladas históricamente por medio de relaciones dialécticas con las estructuras sociales externas objetivas, en tanto dos polos dinámicos de una misma realidad. Véase Alicia Gutiérrez, *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1995, capítulo III, pp. 63-68.

Conjuntamente con sus “preocupaciones patrióticas”, al desarrollar proyectos políticos y educativos para la construcción de la nacionalidad argentina, estos grupos estaban a su vez buscando espacios de inserción política y económica en el ámbito público, en un contexto en el que el Estado nacional estaba inmerso en un reciente proceso de consolidación y profesionalización institucional. En este sentido la fundación del Museo permitió a Adolfo P. Carranza, quien ocupaba un espacio relativamente marginal tanto dentro del aparato del Estado como del campo historiográfico en formación, obtener reconocimiento social y beneficios materiales que a su vez les facilitaron el acceso a nuevos cargos y una mayor vinculación con los espacios de sociabilidad de la elite intelectual.

Pero además, en tanto letrados y en tanto integrantes de la elite patricia, por medio de este tipo de iniciativas estos actores pretendían posicionarse como guías sociales y morales ante la sociedad de su presente, tal como se observa en las páginas de la *Revista Nacional*, fundada y dirigida por Adolfo P. Carranza desde 1886¹². En este sentido no pensaban que sus acciones debían orientarse solamente a los inmigrantes (a pesar de que encontraban en algunas de las consecuencias de la inmigración masiva una de las mayores amenazas al orden social) sino también a las propias clases dirigentes de las que formaban parte, a las que cuestionaban su materialismo y su desinterés por los asuntos morales y espirituales¹³. Estas críticas se hicieron a su vez más profundas a partir de la crisis de 1890, que cristalizó las rupturas existentes al interior de las elites, inclusive dentro del propio partido gobernante.

Por otra parte, en los sujetos que ocupaban una posición de relativa marginalidad con respecto a las fracciones políticas y económicas más conspicuas de las clases dirigentes, la afirmación de pertenencia al patriciado funcionó también como un instrumento destinado a obtener reconocimiento social, algo que se advierte con claridad tanto en el discurso como en las prácticas llevadas a cabo por Carranza como director del Museo. La pertenencia patricia funcionó también como una herramienta para obtener beneficios económicos concretos, pues en diversas ocasiones Carranza actuó como una suerte de mediador *ad hoc* ante la esfera pública, de amigos y parientes suyos interesados en solicitar subsidios

¹² Véase Adolfo Decoud, “Aniversario de la *Revista Nacional*”, en *Revista Nacional*, 1/6/1889, Año IV, Tomo VIII, N° 38, Buenos Aires, Imprenta europea, pp. 367-379. La cuestión de las representaciones de algunos de los más destacados miembros de la elite letrada de la Argentina de fines del siglo XIX en tanto guías intelectuales y morales de la sociedad ha sido desarrollada por Oscar Terán en *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

¹³ Adolfo Decoud, “Aniversario...”, p. 368.

económicos al Estado en calidad de descendientes de los hombres públicos del pasado nacional¹⁴.

Un buen ejemplo de las ideas y representaciones generalmente compartidas por los miembros de este grupo la encontramos en una carta sin fecha enviada por José Juan Biedma a Adolfo Carranza. En un gesto de reconocimiento aquel le decía: “Cuando yo me muera y mis hijos vendan mis libracos para matar el hambre a que patrióticamente los he condenado a fuerza de mirar con la boca abierta la Pirámide de Mayo, el zonzo al que le toque ese ejemplar que habrá comprado por 5 centavos sabrá con asombro que existió un Adolfo P. Carranza, que se preocupaba de decir y propalar esas cosas en el siglo de la lana, del trigo y del maíz...”¹⁵. Mediante estas palabras Biedma contraponía las “preocupaciones patrióticas” de la elite intelectual con los intereses materiales de buena parte de las clases dirigentes de fines del siglo XIX.

c) Avatares del Museo Histórico

La débil inserción del Museo en el aparato del Estado se advierte en las dificultades económicas y edilicias atravesadas por la institución ya desde sus años fundacionales. Con el objetivo de obtener recursos económicos y apoyo político Carranza desarrolló una serie de estrategias discursivas destinadas a lograr que el Museo fuera reconocido por los poderes públicos como una institución capaz de cumplir una trascendente función en la Argentina de fin de siglo. Cabe señalar que ni estos problemas ni las estrategias implementadas para afrontarlos eran exclusivos del Museo Histórico ni de Carranza. Tal como han planteado Podgorny y Lopes a propósito del Museo Público de Buenos Aires y del Museo de la Plata, los promotores de los museos desarrollaron una retórica pública destinada a convencer a las autoridades estatales acerca de la trascendencia política, educativa, científica y/o económica de esas instituciones, como medio para la obtención de apoyos políticos y de recursos para su formación y funcionamiento. Este tipo de prácticas, sumadas a las inestables alianzas tejidas en diversos ámbitos del aparato del Estado por los mentores de los museos, manifiestan la debilidad del consenso público acerca de la

¹⁴ Véase carta de María E. Arana de Reyes Lavalle a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, s/f; carta de un remitente no identificada a Adolfo P. Carranza, Santiago, 10/6/1899; carta de un remitente no identificado a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 19/5/1899; MHN-AC, carpeta (en adelante Cr.) 30, cajón (en adelante Cj.) 3.

¹⁵ José Juan Biedma a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, s/f, MHN-AC, Cr. 33, Cj. 3. José Juan Biedma fue militar, periodista y estudioso del pasado argentino. Entre 1904 y 1921 se desempeñó como director del Archivo General de la Nación.

necesidad de estas instituciones¹⁶. De modo que para lograr éxito en sus gestiones ante las autoridades públicas los directores de museos procuraban demostrar que podían contribuir de alguna manera al engrandecimiento de la nación¹⁷.

Pero el director del Museo Histórico no tenía demasiados elementos como para presentar a la institución como una entidad susceptible de otorgar ventajas económicas y políticas concretas al Estado nacional, tal como sí podían hacerlo los directores de los museos orientados a las ciencias, precisamente en virtud de la vinculación de las disciplinas científicas con la exploración e incorporación de nuevos territorios, el conocimiento y sometimiento de los pueblos indígenas y la explotación de nuevos recursos naturales. El Museo Histórico era, fundamentalmente, un *lugar de memoria*, cuya utilidad podía residir, a lo sumo, en sus actividades educativas. Además no debe perderse de vista el peculiar contexto crítico en el que fue fundado, en medio de una aguda crisis económica. Aunque consideramos que no pueden reducirse los problemas atravesados por la institución a las consecuencias de la crisis tampoco deben desconocerse sus efectos, particularmente profundos sobre las arcas del Estado.

Una comparación de los presupuestos del Museo Histórico y del Museo de la Plata entre 1890 y 1892 contribuirá a dar cuenta de algunas de las dificultades de la institución dirigida por Carranza. En 1890 la Ciudad asignó al Museo un presupuesto anual de \$ 10.000 m/n (equivalente a \$ 833 mensuales), dejando librado al criterio de Carranza su distribución¹⁸. Este último destinó \$ 280 mensuales a los sueldos de los trabajadores, repartidos de la siguiente manera: un auxiliar, \$ 130; un escribiente, \$ 70; un portero, \$ 50 y un ordenanza, \$ 30 (de acuerdo a las fuentes consultadas Carranza no percibió sueldo durante su primer año de gestión). El alquiler de la casa costaba \$ 450 y otros \$ 103 fueron destinados a “gastos eventuales”¹⁹. Durante 1891 el presupuesto del Museo se redujo a \$ 7.040 anuales, destinándose \$ 5.040 al pago de tres salarios (director, \$ 300; auxiliar, \$ 80 y ordenanza, \$ 40) y \$ 2.000 al rubro “adquisiciones”²⁰. En contraste con estas cifras Carranza había solicitado al gobierno municipal una asignación mensual de \$ 1.850,

¹⁶ Irina Podgorny y Margaret Lopes, *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural*, México, Limusa, 2008, cap. 9, p. 238.

¹⁷ Irina Podgorny, “La mirada que pasa: museos, educación pública y visualización de la evidencia científica”, en *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 12, suplemento, 2005, p. 34.

¹⁸ Carta de J. Matti a Adolfo P. Carranza, Buenos Aires, 4/2/1890, MHN-AC, LN, tomo I, p. 7. En todos los casos presentados las cifras son en moneda nacional.

¹⁹ Ibid.

²⁰ Presupuesto de gastos de la Municipalidad de la Capital para el año 1891, en *Actas del Concejo Deliberante correspondientes al año 1891*, Buenos Aires, Kraft, 1893, p. 140.

significativamente superior a la que habría de recibir cada mes²¹. En cambio, el presupuesto del Museo de la Plata en 1890 fue de \$ 38.640²². Este contaba, por otra parte, con 32 empleados frente a los 4 del Museo Histórico²³. En 1892 esta próspera situación del Museo de la Plata se revertiría debido a un cambio de alianzas políticas que resultó perjudicial para la institución, por lo cual su presupuesto anual pasó a ser de \$ 29.220 mientras que la planta de personal fue reducida a 20 empleados²⁴. Aún así se observa que las diferencias presupuestarias entre ambos museos eran muy importantes, tendencia que continuaría durante los años siguientes. Pero además el presupuesto del Museo Histórico era también exiguo comparado con el del Museo Nacional, dirigido por entonces por Germán Burmeister, que durante 1890 y 1891 percibió \$ 21.000 anuales²⁵.

Conjuntamente con los problemas económicos comenzaron las dificultades edilicias de la institución. En 1891 la Municipalidad suspendió del presupuesto la partida destinada al alquiler de la casa que ocupaba el Museo, lo que muy pronto obligó a sus autoridades a buscar una nueva sede. Por otra parte, ya desde el inicio de su gestión Carranza reclamó insistentemente a las autoridades municipales la construcción de un edificio para la institución, ya que consideraba que la casa de la calle Esmeralda carecía de una distribución conveniente y no garantizaba la conservación de los objetos históricos que poseía el Museo.

En una carta dirigida al intendente Bollini el 9 de octubre de 1890, poco tiempo después de la inauguración del Museo, Carranza intentaba convencerlo acerca de la necesidad de construir un edificio para la institución alegando que ésta cumplía trascendentes funciones para la sociedad. “Creo que al fundarse el Museo Histórico” – sostenía– “no se ha tenido en vista solamente la exhibición de los objetos reunidos, para lo que hubiera bastado cualquier local en regulares condiciones, sino algo más elevado, más permanente y más patriótico. [...] En todos los pueblos se veneran con amor y gratitud las reliquias de sus grandes servidores como se hace por conservar cuanto de simpático o notable puede recogerse y que sirva de ejemplo para los que les suceden o de estudio para los hombres de pensamiento o reflexión”²⁶. Seguidamente solicitaba un terreno en “los antiguos cuarteles del Retiro dando frente a la calle Florida [...] para que él sea lo que se

²¹ Adolfo Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 20/8/1890, MHN-AC, LN, tomo I, p. 35.

²² Máximo E. Farro, *Historia de las colecciones del Museo de La Plata, 1884-1906: Naturalistas, viajeros, coleccionistas y comerciantes de objetos de historia natural a fines del siglo XIX* (tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP), cap. III, pp. 174-175.

²³ *Ibid.*, p. 175.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Adolfo Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 9/10/1890, MHN-AC, LN, tomo I, p. 53.

quiere, un templo de gloria a la virtud, al genio y a los esfuerzos del patriotismo, como un sitio en que se guarden ciertos objetos que rememoran los hechos funestos o desgraciadas tragedias de nuestra historia”²⁷. De este modo Carranza presentaba al Museo no sólo como un espacio de contemplación sino también de estudio del pasado nacional y al mismo tiempo intentaba convencer al intendente acerca del éxito logrado por la institución: “La instalación del Museo Histórico a mi cargo, creo que ha obtenido el resultado que se buscaba y es conseguir de todos los que poseían objetos dignos de mostrarse al público, que los entreguen generosamente, como de despertar emociones nobles y patrióticas en los que visitan sus salones”²⁸. Mediante estas palabras Carranza afirmaba el supuesto consenso social que despertaba la institución y al mismo tiempo enfatizaba las importantes funciones que la misma estaba llamada a cumplir, para luego agregar lo que más le inquietaba, a saber, la necesidad de una mayor ayuda estatal.

A su vez, a mediados de 1890 el Municipio designó una comisión –integrada por José María Bustillo, Agustín de Vedia y Adolfo P. Carranza– que debía ocuparse de buscar un nuevo edificio para el Museo, ya que las autoridades de la Ciudad no estaban dispuestas a seguir pagando el alquiler de la casa sita en la calle Esmeralda 848. El 13 de noviembre de 1890 los comisionados le manifestaron a Bollini que la mejor opción era la casa ocupada por el Colegio Militar de Palermo, que aparentemente iba a ser desocupada pronto. Pero a su vez señalaban que lo ideal sería obtener el terreno solicitado por Carranza en la Plaza ‘General San Martín’ debido a “... las ventajas de la ubicación misma que lo pone al alcance de todas las clases sociales y porque construyéndose un edificio especial, las necesidades serían previstas de antemano evitando erogaciones extraordinarias en el futuro y llevando a esa plaza el ornato de un edificio de tal naturaleza...”²⁹. Carranza y sus colaboradores le estaban otorgando un sentido estratégico a la elección de ese espacio. En efecto, la Plaza San Martín estaba cerca de los barrios habitados por la elite porteña, que entre 1880 y 1910 inició un proceso de traslado de sus lugares habituales de residencia desde el sur de la ciudad hacia el norte de la actual Plaza de Mayo, ocupando una zona conocida como “Catedral al Norte”, que tuvo como epicentro a la calle Florida. Por otra parte la Plaza San Martín estaba relativamente cerca del puerto de la ciudad y del edificio conocido como “Panorama de Retiro” o “La Rotonda”, que a partir de 1878 y hasta la

²⁷ Ibid.

²⁸ Ibid., pp. 54-55.

²⁹ José María Bustillo, Agustín de Vedia y Adolfo Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 13/11/1890, MHN-AC, LN, tomo I, p. 59.

inauguración del definitivo Hotel de Inmigrantes en 1911, fue utilizado como alojamiento temporario para los inmigrantes recién arribados a Buenos Aires³⁰.

Erigido en la Plaza San Martín el Museo habría estado cerca, de un lado, del núcleo urbano de las elites, y del otro, de los inmigrantes recién llegados a Buenos Aires, a quienes se dirigieron los más caros esfuerzos de los intelectuales y funcionarios estatales preocupados por la cuestión nacional. Además, desde 1862 se encontraba emplazada en Retiro la estación central del Ferrocarril del Norte, que conectaba al centro de la ciudad con las zonas de Palermo y Belgrano, constituyéndose así en un espacio importante de circulación. Pero las demandas de la comisión fueron infructuosas y finalmente, a comienzos de 1891, el Museo debió mudarse a la planta baja de un edificio situado en la calle Moreno 330, muy cerca de la Oficina Química Municipal que ocupaba la planta alta del mismo edificio.

d) La nacionalización: más continuidades que cambios

Carranza no había logrado resolver ni los problemas económicos ni los edilicios del Museo cuando en septiembre de 1891 la institución fue nacionalizada por medio de una iniciativa del gobierno municipal. En las gestiones emprendidas para lograr el cambio jurisdiccional Bollini adujo razones políticas y simbólicas. En efecto, en una *Memoria* elevada al Concejo Deliberante de la Ciudad el intendente exponía que la solicitud de traspaso del Museo al ámbito nacional se debía a que “se buscaba que fuese sostenido por la Nación para reunir en él los objetos esparcidos en el territorio de la República y que recuerdan las glorias y sacrificios comunes a todos sus pueblos”³¹. Sin embargo, el pasaje del Museo a la órbita del Ministerio del Interior de la Nación parece haber obedecido fundamentalmente a causas económicas. El día 18 de ese mismo mes el concejal Rodríguez había presentado un proyecto al Concejo Deliberante cuyo objetivo era autorizar al Poder Ejecutivo Municipal la gestión del pasaje del Museo a la Nación. Rodríguez había argumentado que “... el estado actual del erario municipal, con la exigüidad de su presupuesto, no podía costear debidamente las necesidades del Museo, ni

³⁰ Laura Oliva Gerstner, “El alojamiento de inmigrantes en el Río de la Plata, siglos XIX y XX: planificación estatal y redes sociales”, en *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Barcelona, Universidad de Barcelona, Vol. XIII, N° 779, marzo de 2008 [<http://www.ub.es/geocrit/b3w-779.htm>], pp. 8-9.

³¹ *Memoria* de la Intendencia Municipal de la Ciudad de Buenos Aires correspondiente a los años 1890-1892, presentada por Francisco Bollini al Honorable Concejo Deliberante el 31/10/1892, Imprenta de la Lotería Nacional, 1894, p. 75.

llenar los objetos de su creación»³².

El texto del decreto de nacionalización recuperaba los argumentos esgrimidos por el intendente municipal y convertía al Museo Histórico de la Ciudad en Museo Histórico Nacional³³. Sin embargo, al menos en un plano administrativo, los vínculos entre Ciudad y Nación no se extinguieron por medio del citado decreto. De hecho, la institución siguió ocupando por dos años más el edificio de la calle Moreno 330, perteneciente a la Municipalidad, a pesar de las múltiples demandas de las autoridades municipales y del propio Carranza para poner fin a esa situación. Cabe asimismo señalar que este último recibió con beneplácito la noticia del pasaje jurisdiccional del Museo a la Nación. Es que ya desde inicios del proceso fundacional el Museo había sido concebido con carácter nacional e inclusive las acciones concretas realizadas por el joven Adolfo Pedro ante los poderes públicos para su creación se habían orientado en esta dirección. De hecho fue el fracaso de las gestiones realizadas ante el gobierno de Juárez Celman lo que lo había llevado a acercarse a la Municipalidad de Buenos Aires en búsqueda de apoyo político para concretar su proyecto.

Pero lo cierto es que la nacionalización no implicó cambios significativos en la solución de los problemas económicos y edilicios de la institución. En este sentido observamos que el Museo ocupó un orden menor para las autoridades del Ministerio del Interior, un organismo que, a comienzos de la década de 1890, en el marco de un incipiente proceso de consolidación del Estado, tenía a su cargo no solamente las intervenciones federales (un terreno altamente conflictivo en la Argentina de la década de 1890), sino también la Dirección de Ferrocarriles, el Departamento de Obras Públicas, el Departamento de Tierras, Agricultura e Inmigración y los Territorios Nacionales, entre otras dependencias. Ello contribuye en parte a explicar la escasa relevancia política y social del Museo, aún a pesar de la particular sensibilidad hacia la cuestión nacional de buena parte de las elites criollas de fines del siglo XIX.

En 1892 –año en que el presupuesto del Museo comenzó a ser discutido y aprobado por el Congreso de la Nación–, el Museo recibió una asignación anual de \$ 12.720, lo que equivale a \$ 1.060 mensuales incluyendo sueldos y otros gastos³⁴. Si bien se trataba de una cifra considerablemente más alta que las de 1890 y 1891, era inferior a la propuesta

³² *Actas del Concejo Deliberante...*, p. 578.

³³ Decreto de nacionalización del Museo Histórico sancionado por el PEN el 26/9/1891, firmado por Carlos Pellegrini y José V. Zapata, en *El Museo Histórico*, tomo I, entrega 1ª, Buenos Aires, Kraft, 1892, p. 8.

³⁴ “Planilla de sueldos y gastos del MHN correspondientes al mes de enero de 1892”, Buenos Aires, 18/1/1892, *LN*, tomo I, p. 120.

elevada por Carranza, quien había solicitado una asignación mensual de \$ 1.440³⁵. Además, si se tiene presente que la crisis del 90 implicó una significativa disminución del poder adquisitivo del dinero, el incremento del 27,2 % de 1892 respecto del presupuesto original de 1890 resultó igualmente escaso.

Ante la exigüidad presupuestaria de la institución Carranza recurrió nuevamente a la retórica pública en su intento por convencer a las autoridades de que el Museo cumplía funciones muy importantes para el Estado nacional. En una carta escrita al ministro del Interior, José V. Zapata, en abril de 1892, le expresaba, refiriéndose al Museo, que "...sirve también de estímulo, porque los que le visiten sabrán que allí hay sitios de inmortalidad para los que sobresalen por su inteligencia, por sus virtudes, por sus trabajos y su patriotismo". Seguidamente le solicitaba un aumento presupuestario, en particular para solventar los gastos de restauración de algunos objetos, aduciendo que el Museo no contaba con un presupuesto suficiente "para mantener el Establecimiento en un pie digno de lo que es y de lo que representa"³⁶.

En los siguientes años el presupuesto del Museo experimentó algunos aumentos, aunque escasamente significativos. Durante 1893 el presupuesto total fue de \$ 1.420 mensuales. Ese año el sueldo mensual de Carranza fue de \$ 350. Comparado con sueldos de funcionarios que se desempeñaban en instituciones relativamente cercanas al Museo observamos que –tomando como base de referencia el sueldo del propio Carranza– éste era un 14,2 % inferior al del director de la Biblioteca Nacional, por entonces el joven Paul Groussac (quien percibía \$ 400), y un 42,8 % inferior respecto del salario del director del Museo Nacional, el asentado Germán Burmeister, que era de \$ 500³⁷. En 1894 el presupuesto del Museo pasó a ser de \$ 1.820 mensuales, siendo la única novedad importante que se sumaron \$ 400 al rubro "para impresiones, adquisiciones, etc."³⁸; mientras que en los años sucesivos la economía del Museo no experimentó cambios significativos. Pero lo cierto es que Carranza seguiría quejándose ante las autoridades públicas y ante su círculo de amistades de la escasa atención y de los exiguos recursos asignados al Museo por el Estado nacional, una situación que lo indignaba profundamente

³⁵ Adolfo Carranza a Francisco Bollini, Buenos Aires, 7/8/1891, MHN-AC, LN, tomo I, p. 105.

³⁶ Adolfo Carranza a José V. Zapata, Buenos Aires, abril de 1892, MHN-AC, LN, tomo I, p. 144.

³⁷ "Ley del Presupuesto General de la República Argentina para el ejercicio de 1893", en *Registro Nacional de la República Argentina*, tomo cuatrigésimo primero (segundo semestre), Buenos Aires, Taller Tipográfico de la penitenciaría, 1892, pp. 235-236.

³⁸ "Planilla de sueldos y gastos del MHN correspondientes al mes de enero de 1894", Buenos Aires, 11/1/1894, MHN-AC, LN, tomo I, p. 233.

porque parecía reflejar que no había logrado convertir a la institución en el espacio emblemático de la nacionalidad argentina que con tanto tesón había proyectado.

e) Un museo y un panteón

La nacionalización del Museo tampoco logró resolver uno de los problemas que más preocuparon a Carranza a lo largo de su gestión, a saber, la falta de un edificio propio. Sus reclamos en esta dirección fueron constantes aunque infructuosos. De hecho, entre 1890 y su instalación en Parque Lezama en 1897, el Museo ocupó diversas sedes que nunca conformaban las aspiraciones de su director. Por un decreto del Poder Ejecutivo Nacional del 28 de septiembre de 1892 se había dispuesto que el Museo se trasladara a la casa ocupada por el Colegio Militar en Palermo, debido a que este último iba a mudarse. Pero luego las autoridades públicas decidieron demolerla por lo cual el Museo debió continuar funcionando en Moreno 330³⁹.

Pero además, no sólo Carranza no desistió de sus propósitos orientados a lograr la construcción de un edificio para el Museo, sino que desde el año 1892 amplió sus expectativas y sus demandas al intentar asociar al Museo con uno de los más significativos proyectos desarrollados en el marco de las preocupaciones por la cuestión nacional, a saber la idea de construcción de un panteón nacional, es decir, un espacio donde colocar los restos fúnebres de los hombres ilustres del pasado. Bertoni ha señalado que a partir de 1892 el proyecto de construcción de un panteón comenzó a circular ampliamente en el seno de la elite letrada. Ese año surgieron, desde diferentes ámbitos de la sociedad civil, una serie de propuestas para su realización que a su vez reflejaban los distintos posicionamientos políticos e historiográficos en torno al pasado nacional, los que –dicho sea de paso–, llevarían finalmente al fracaso del proyecto⁴⁰.

Ese año Carranza formó parte de la comisión formada por el Club Gimnasia y Esgrima para la realización del panteón, presidida por Bartolomé Mitre. Pero además –haciéndose eco de esta propuesta e intentando capitalizarla para otorgar mayor envergadura a la institución que dirigía– Adolfo Pedro planteó a las autoridades la necesidad de construir un edificio capaz de albergar tanto al Museo como al panteón nacional. El 15 de febrero de 1892 le escribía a José V. Zapata para solicitarle nuevamente la construcción de un

³⁹ Adolfo Carranza al ministro del Interior, Tomás S. de Anchorena, Buenos Aires, 20/12/1892, AC-MHN, LN, tomo I, pp. 181-182.

⁴⁰ Bertoni, *Patriotas...*, p. 266.

edificio para el Museo en el sitio “donde existía el antiguo cuartel del Retiro”, pero esta vez proponía reunir en un único espacio al Museo Histórico y al panteón nacional. Carranza sostenía que por medio de la construcción de un museo-panteón “se dará más estabilidad al establecimiento [...] y estará tan vinculado como debe serlo, con el pueblo”⁴¹. De acuerdo a su proyecto, en la parte superior del edificio, la dedicada al Museo, se guardarían y venerarían los objetos que habían pertenecido a los hombres públicos del pasado, concebidos como *reliquias de la nacionalidad*⁴², y en la parte inferior, los restos mortales de esos mismos hombres, es decir, las reliquias de sus cuerpos⁴³. Juntos, el Museo y el panteón, habrían constituido una síntesis muy significativa de las aspiraciones patrióticas de Carranza.

Ante la falta de respuestas concretas por parte de las autoridades del Ministerio del Interior, el 2 de agosto de ese año Carranza logró reunirse con el entonces presidente de la Nación, Carlos Pellegrini, a quien le manifestó la necesidad de apoyo político y económico para la realización de un panteón nacional y para que el Museo tuviera un edificio propio. Luego de este encuentro Carranza reconstruyó en un manuscrito privado el diálogo mantenido con Pellegrini (cabe señalar que aunque Carranza solicitó colaboración al presidente para el Museo y para la realización del panteón, en el documento consultado estos no aparecen con claridad como parte de un mismo proyecto).

De acuerdo a sus palabras, lo primero que le planteó al presidente fue la inconveniencia de que la iniciativa de realización del panteón nacional fuera llevada adelante por el Club de Gimnasia y Esgrima, ya que por su magnitud e importancia, se trataba de un proyecto que debía llevar adelante el gobierno nacional⁴⁴. De este modo Carranza ponía de manifiesto lo que percibía como una conflictiva intromisión de un ámbito privado en lo que a su juicio debía ser un proyecto estatal, tema este que recorrió la historia del Museo Histórico Nacional ya desde su gestación como proyecto y, emblemáticamente, en la formación de sus colecciones. Luego Adolfo Pedro señalaba que Pellegrini, en un gesto que minimizaba la importancia del proyecto, le había preguntado: “¿Y para qué queremos panteón?”, a lo que Carranza respondió: “Señor, para colocar los restos de los grandes hombres”. Pellegrini entonces le habría respondido: “Somos muy chicos”, idea que Carranza refutó diciendo: “No señor, somos muy grandes para ser un

⁴¹ Adolfo Carranza a José V. Zapata, Buenos Aires, 15/2/1892, MHN-AC, LN, tomo I, p. 132.

⁴² Adolfo Carranza, Buenos Aires, s/f, MHN-AC, Cr. 3.

⁴³ Ibid., p. 132.

⁴⁴ Adolfo Carranza, Buenos Aires, 2/8/1892, MHN-AC, Cr. 44, Cj. 13, p. 1.

pueblo tan joven”⁴⁵. Seguidamente Carranza manifestaba al presidente Pellegrini la necesidad de un nuevo edificio para el Museo. “Que me entregue lo más pronto posible la casa de Rosas, si realmente me la dan para el Museo Histórico”, le habría dicho, solicitándole de este modo un espacio que hasta entonces no había aparecido en las anteriores demandas realizadas a las autoridades públicas con el propósito de obtener un edificio para la institución. Y agregaba: “Estoy incómodo, tengo objetos en mi casa que no me animo a llevarlos y además el ácido sulfúrico de la oficina química está echando a perder los cuadros”⁴⁶. “Es necesario que me ayude” –insistía el director del Museo–, quejándose de que el dinero del Estado se utilizaba para otros fines que juzgaba menos importantes que la mudanza del Museo: “ahí veo que han pedido 150 mil pesos para una cárcel correccional de menores y más vale ayudar al Museo”¹; y enfatizaba: “Señor, mire que son las glorias de nuestro país”, a lo Pellegrini elocuentemente respondía: “Mejor es pagar lo que debemos”⁴⁷.

Evidentemente Carranza salió muy molesto y sin haber logrado nada concreto del encuentro con Pellegrini, ya que luego de reproducir el diálogo que había mantenido con el presidente de la Nación, agregaba: “Salí fastidiado y triste. Veía al positivismo haciendo camino en mi país, ahogando hasta los sentimientos más nobles del corazón, la gratitud, el respeto, hasta la emulación que es apreciable en un mandatario”⁴⁸. Pero su malestar parecía ahondarse a medida que escribía: “Él, un pigmeo, pretendiendo despreciar a los que se llamaron San Martín o Rivadavia o Rodríguez, Padres de la patria, sus fundadores unos, sus estadistas o sus gobernantes ejemplares otros! No había fondos!”. Y finalizaba su indignada reflexión con las siguientes palabras: “y hoy 3 de agosto dicen los diarios que el Presidente de la República ha solicitado del Congreso 500.000 pesos para pagar las deudas de la Sociedad Rural, compuesta de los hombres más ricos, más indiferentes y menos patriotas del país!”⁴⁹.

Estas palabras ponen de manifiesto la contraposición percibida por Carranza entre los supuestos “intereses patrióticos” de la elite letrada y los intereses materialistas de las elites económicas, que además son presentados como particularmente favorecidos por el gobierno nacional. Asimismo estas permiten reafirmar la idea de la marginalidad del Museo Histórico en tanto proyecto destinado a la construcción y fijación de una memoria

⁴⁵ Ibid. p. 1.

⁴⁶ Ibid.

⁴⁷ Ibid., pp. 1-2.

⁴⁸ Ibid., p. 2.

⁴⁹ Ibid.

nacional para las clases dirigentes de la Argentina finisecular, las que en todo caso apoyaron vagamente este tipo de iniciativas. Las innumerables cartas en las que Carranza se esforzaba por convencer a los funcionarios del Estado acerca de la importancia del Museo por sus fines patrióticos, educativos y hasta científicos y artísticos, no parecen haber encontrado los efectos deseados.

De todos modos el director del Museo era conciente de los límites materiales y políticos de sus aspiraciones, motivo por el cual en su correspondencia con los sucesivos ministros del Interior, alternó su demanda de un edificio para la construcción de un museo-panteón con la solicitud más modesta de “un local propio, cómodo y seguro para el Museo”, tal como lo manifestó en diversas oportunidades. En octubre de 1893 logró mudar el Museo al edificio ocupado por el Departamento de Agricultura de Palermo, situado en la calle Santa Fe 3951⁵⁰. Aunque Carranza se mostró mucho más conforme con este nuevo espacio que con la planta baja de Moreno 330, no dejó de señalar los problemas que a su juicio presentaba. En carta del 24 de julio de 1894, dirigida al ministro del Interior, Manuel Quintana, insistía con la demanda de un terreno (esta vez en la Avenida de Mayo) para la construcción de un edificio donde fuese instalado en forma definitiva el Museo, aduciendo que el predio que ocupaba pertenecía a la Municipalidad, que no tenía espacio para oficinas, talleres de fotografía y restauración y que se encontraba en una ubicación muy aislada de la ciudad⁵¹. Carranza, además, prometía reunir recursos materiales provenientes del ámbito privado para la construcción del nuevo edificio del Museo y expresaba, con gran optimismo, su confianza en que “el público y el patriotismo argentino” no le negarían la ayuda necesaria para llevar a cabo tal emprendimiento⁵².

Finalmente en 1897, luego de reiterados intentos frustrados por lograr la construcción de un edificio, presentó al ministro Norberto Quirno Costa una propuesta para que el Museo fuese trasladado a la casona emplazada en el Parque Lezama que pertenecía a la Municipalidad y que se encontraba desocupada, aclarando de todos modos que esta sería una solución provisoria hasta tanto se construyera un edificio adecuado para la instalación definitiva del Museo⁵³. Esta vez sus gestiones no fueron infructuosas. En abril de 1897 se realizó la permuta de la casa sita en el Parque Lezama, que pasó a la jurisdicción nacional, por la ocupada hasta entonces por el Museo, que pasó a estar bajo la órbita de la Dirección

⁵⁰ Adolfo P. Carranza al ministro del Interior, Lucio V. López, Buenos Aires, 28/7/1893, MHN-AC, *LN*, tomo I, p. 212.

⁵¹ Adolfo P. Carranza a Manuel Quintana, Buenos Aires, 24/7/1894, MHN-AC, *LN*, tomo I, pp. 265-266.

⁵² *Ibid.*

⁵³ Adolfo Carranza a Norberto Quirno Costa, Buenos Aires, 3/2/1897, AC-MHN, *LN*, tomo II, p. 29.

de Parques y Jardines Públicos de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires. En el mes de julio se realizó la mudanza del establecimiento y del propio Carranza, quien instaló su vivienda particular en la nueva sede del Museo. De este modo Adolfo Pedro parecía haber resuelto, al menos provisoriamente y lejos de sus grandes aspiraciones, el problema del edificio del Museo.

Tal vez la mejor síntesis de las dificultades atravesadas por el Museo Histórico Nacional durante la gestión de Adolfo Carranza se encuentre en un trabajo titulado *Las colecciones del Museo Histórico Nacional*, escrito por Ernesto Quesada en 1915 con motivo de la asunción como director del Museo de Juan Pradere debido a la muerte de Carranza, ocurrida en 1914⁵⁴. Al describir las tareas que tenía por delante el nuevo director, Quesada hacía referencia al desorden en que se encontraban las colecciones de la institución; y más adelante relataba los infructuosos esfuerzos realizados por Carranza para conseguir un edificio para el Museo así como la escasa ayuda estatal que había recibido a lo largo de más de 20 años de gestión: “A pesar de su tenacidad infatigable, y de haber logrado la sanción de una ley ordenando la construcción del edificio [...]; no obstante haber procurado, con afán y solicitud demasiada, la cesión de diversos locales para esa construcción, constantemente tropezó con inconvenientes insalvables, que no permitieron al gobierno realizar la obra. Carranza se desesperaba por ello; fue esa una de sus grandes penas antes de morir, pues estaba desencantado ante la inutilidad de sus esfuerzos, después de más de un cuarto de siglo de lucha incesante”⁵⁵.

Asimismo Quesada trazaba un panorama bastante sombrío al referirse a los logros de la gestión de Carranza ya que expresaba, aunque de un modo tácito, que este último no había logrado hacer del Museo una institución relevante para el conjunto de la sociedad: “El grueso público no pudo jamás apreciar la magnitud de la obra de Carranza: solamente unos pocos amigos, enamorados de la investigación histórica y asiduos concurrentes a sus tertulias del domingo en el museo, pudimos darnos cuenta de la variedad de los tesoros que paulatinamente iba reuniendo [...]”⁵⁶. Pronunciadas por un agudo observador del

⁵⁴ Ernesto Quesada, *Las colecciones del Museo Histórico Nacional*, Buenos Aires, Sociedad Cooperativa Limitada “Nosotros”, 1915.

⁵⁵ Ibid, p. 4. Seguramente Quesada hacía referencia a una ley sancionada por el Congreso Nacional en el año 1906, que disponía la adquisición de un terreno para la construcción de un edificio para el Museo Histórico Nacional y que establecía que el mismo debía estar concluido antes del 25 de mayo de 1910. Pero esta ley no tuvo aplicación real, motivo por el cual el Museo siguió funcionando en su sede de Parque Lezama, información extraída de *Registro Nacional de la República Argentina*, 1906, cuarto trimestre, Buenos Aires, Talleres gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1906, p. 86.

⁵⁶ Quesada, *Las colecciones...*, p. 4.

mundo de su tiempo, las reflexiones de Quesada parecen resumir muy bien algunos de los problemas que hemos intentado desarrollar en el presente trabajo.

Bibliografía:

Alonso, Paula, “La Tribuna Nacional, Sud-América y la legitimación del poder (1880-1890)”, en *Entrepasados. Revista de Historia*, año XII, número 24/25, dossier: la crisis de 1890. Política, sociedad y literatura, Buenos Aires, 2003, pp. 29-67.

Bertoni, Lilia Ana, *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Blasco, María Élide “Comerciantes, coleccionistas e historiadores en el proceso de gestación y funcionamiento del Museo Histórico Nacional”, Buenos Aires, 2008 (enviado para publicación).

Bourdieu, Pierre, *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990.

Cattaruzza, Alejandro, “Por una historia de la historia”, en *Políticas de la historia*, Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, Buenos Aires, Alianza, 2003, pp. 185-217.

Farro, Máximo E., *Historia de las colecciones del Museo de La Plata, 1884-1906: Naturalistas viajeros, coleccionistas y comerciantes de objetos de historia natural a fines del siglo XIX*, capítulo III: "La formación de las colecciones del Museo de La Plata en relación con los mecanismos utilizados para aumentarlas y los distintos perfiles adquiridos por la institución" (tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP), 2008, pp. 146-148.

Gerstner, Laura Oliva, “El alojamiento de inmigrantes en el Río de la Plata, siglos XIX y XX: planificación estatal y redes sociales”, en *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*, Barcelona, Universidad de Barcelona, volumen XIII, N° 779, marzo de 2008 [<http://www.ub.es/geocrit/b3w-779.htm>], pp. 8-9.

Gutiérrez, Alicia, *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1995.

Laera, Alejandra, “Danza de millones: inflexiones literarias de la crisis de 1890 en la Argentina”, en *Entrepasados. Revista de Historia*, año XII, número 24/25, dossier: la crisis de 1890. Política, sociedad y literatura, Buenos Aires, 2003, pp. 135-151.

Nora, Pierre, “Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux”, en *Les lieux de mémoire*, Pierre Nora (dir.), tomo 1, Gallimard, Manhecourt, Francia, 2004, pp. 23-43.

Podgorny, Irina, “La mirada que pasa: museos, educación pública y visualización de la evidencia científica”, en *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, vol. 12 (suplemento), Publication of Casa de Oswaldo Cruz, Fundação Oswaldo Cruz, Río de Janeiro, 2005, pp. 231-264.

Podgorny, Irina y Lopes, María Margaret, *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina, 1810-1890*, México, Limusa, 2008.

Terán, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910). Derivas de la "cultura científica"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
